

Nacida, en 1953, en Rufisque (Senegal) en una familia musulmana. Su padre, de los primeros médicos del país, la envía muy pronto a un colegio católico donde realiza sus estudios hasta ingresar en la Universidad de Dakar, en la que se doctorará en Filología Francesa. Tiene su residencia en Costa de Marfil, y desde 1998 se dedica a la escritura y a diversas actividades artísticas. En 1982 recibe un premio en el concurso literario de relatos "Senegal Cultura". A partir de esa fecha publicará varias antologías de relatos (*Parfums d'enfance*, 1995), novelas (*Sur des chemins pavoisés*, 1993; *Soukey*, 1999) y literatura infantil.

YÂDIKÔNE O EL SEGUNDO NACIMIENTO¹

Yakhara se tumbó boca abajo por primera vez en muchos meses. Para ella el “inconveniente” mayor del embarazo había sido el martirio de no poder adoptar su postura favorita en la cama. Hasta cuando le fue posible había utilizado todas las combinaciones imaginables de almohadas y cojines para sentir su barriga sobre el colchón duro, y luego se había resignado, de puro aburrimiento y gracias también al persistente recuerdo de las advertencias de su madre, advertencias como ésta:

—Es pura desfachatez eso de obstinarse en tumbarse boca abajo cuando se está esperando un hijo, arriesgándose una a aplastarlo o a que se le suba hasta el corazón. El suicidio se paga caro —solía exclamar.

La una del mediodía. Las vibraciones del ventilador hacían temblar el cuadro de la Virgen

¹ “Yâdikône” significa en dialecto wolof “Tú eres el que ya estuvo aquí”.

que había en la pared. Ahí lo había encontrado, en esta sala de primera categoría de la clínica más selecta de la ciudad. Aun siendo musulmana, la sonrisa enigmática de la Madona y sus brazos abiertos la habían conquistado. A ratos, las contracciones cimbreaban de dolor su cuerpo, desaparecían durante algunos instantes y luego volvían como una ola durante la marea, punzantes y soberanas. No se atrevía a quejarse de sus desgracias al personal de servicio, que veía en ella a una primípara cuyos dolores postparto no tenían por qué tener semejante intensidad. A callarse, pues.

Para no pensar en ello, contaba mentalmente las orquídeas del jarrón de cristal fino, intentaba recordar los rostros que la acompañaron durante el nacimiento de su hijo, o también evocaba el ambiente caluroso de la peluquería que regentaba en una de las principales calles de la ciudad.

A esa hora, allí estarían reunidas las “seductoras”, con sus mortíferos tacones de aguja, sus garras con manicura, sus cutis torturados, haciéndose las zalameras al contar el último chismorreó: el industrial rico que acaba de casarse con la amante de sus años locos, el fallecimiento de la reina local de la belleza como consecuencia de una epidural mal controlada, el posible, o más bien seguro, caso de sida de una rival cuyo nombre se murmuraba con fingida discreción, de manera que todas pudiesen adivinarlo sin dificultad. En fin, ¡extrañas frivolidades!

Pero con una seguridad absoluta, como la gota de lluvia que va cavando insistentemente un agujero al pie de una pared, su obsesión se hacía más honda: la cuna atormentaba a Yakhara. A este ser que dormitaba ahí, con sus aterciopeladas manos nuevas firmemente cerradas, ya lo había visto con anterioridad. Ella lo reconocía por la huella de estrangulamiento en el cuello grácil, la marca de sus propios dedos durante aquella lúgubre noche en la que, con el mar y el cielo color tinta por únicos y plácidos testigos, ella lo había enterrado apresuradamente, y luego había huido como un animal salvaje para esconderse en la celda de la prisión. Ocurrió en un país lejano, el suyo; aquel secreto nadie lo había adivinado hasta hoy, ella era la única en conocerlo, pues incluso Dios había apartado su augusta mirada de aquella criatura desnaturalizada que quitaba la vida nada más darla.

Ella le contó:

—Yâdikône, hijo mío, esta vez has vuelto para quedarte. Cuidaré de ti con mucho celo, como una gata cuida de su criatura. No me guardes rencor por la acogida tan macabra que te hice la primera vez. No tenías padre. ¿Acaso era un padre aquel hombre de mugriento uniforme caqui, aquel ser libidinoso, empapado en sudor y jadeando como una locomotora extenuada, que abusó de mí encima de un viejo camastro, mientras las demás presas dormían el sueño de los justos, o al menos un sueño reparador después de las humillantes faenas por el barrio?

Aquel día me había costado aún más que de costumbre aguantar las miradas hipócritamente lastimosas de los que pasaban, los comentarios desagradables de las mujeres que me miraban por encima del hombro, envueltas en una dignidad que sólo lo sedoso de sus bubús les otorgaba. Sobre todo se me había atragantado la mirada oblicua, y después la risa devastadora de mi prima Oumy cuando me señaló con el dedo a Ibou, uno de mis antiguos pretendientes, ex-compañero de clase, al que yo apreciaba mucho. Había exclamado dándole una palmadita en el hombro:

—¡Mira en lo que se convertido tu mujercita! ¡La más guapa! como a ti te gustaba decirle. No me digas que no sabes por qué está aquí. Pero si ha robado el joyero de su señora, o sea millones.... Se prostituye, y también se droga, en fin, una auténtica delincuente. ¿Y por qué tenerle lástima?, venga, vámonos —zanjó llevándose de la manga a un Ibou malhumorado que parecía haber perdido la voz.

En el mercado, escondida detrás de un puesto que simulaba estar limpiando, y con la mirada furibunda, esperé el final de la diatriba; luego, a sabiendas de que mis compañeras se habían alejado un poco, sin poder aguantar más, me abalancé sobre la víbora. Los látigazos que recorrieron mi espalda cuando un poco más tarde me castigaron no habían impedido que me vengara. Había lacerado el rostro de aquella bruja y luego, por ira y despecho, me había revolcado en el polvo. Se achacó mi comporta-

miento a la intervención de mis antepasados-
genios; algunas personas con buenas intenciones
propusieron que se pidiera a mis padres que
practicasen una ceremonia de “ndeup” por mí.
“Está poseída, dijeron, por eso comete cada vez
más delitos”; “una muchacha de tan buena fami-
lia, evidentemente no es responsable de sus
actos”.

Cuando recobré finalmente la razón, vi con
claridad la perspectiva más que probable de un
incremento de mi condena y de una dureza aún
mayor de las condiciones de mi encarcelamien-
to, tras este incidente. De alguna manera la vio-
lación a la que me sometió el encargado de la
guardia me salvó: “No hay mal que por bien no
venga”. El tipejo me arrancó una promesa de
silencio a cambio de mi incorporación a la bri-
gada encargada de vaciar los orinales al amanecer,
cerca del viejo desembarcadero, pues estábamos
en una ciudad costera, y las infraestructuras
sanitarias de nuestro triste lugar de residencia
no eran, ni mucho menos, las más funcionales.
Así respiraría un aire vivificante, quizá incluso
conseguiría escapar. Me callé, qué importancia
tenía un rencor más o menos, desde que había
dejado la escuela para “ocuparme de las tareas de
la casa, como debe hacerlo una muchacha”
según había decretado mi madrastra, con el con-
sentimiento atemorizado de su esposo, mi
difunto padre, que Dios le perdone. Atraído por
el cordón de las olorosas cuentas de barro que
tintineaban en las caderas de tía Nabou, él pre-
firió apartar los ojos ante mi suplicante mirada

de niña que mendigaba su comprensión, su lástima; de hecho, nunca más dejó de bajar su mirada paterna ante la huérfana que yo era, hasta el día en que me condenó el tribunal por robarle a mi señora —pues me hice empleada de hogar— unas joyas supuestamente valiosas —en el fondo pura bisutería que ningún aprendiz de herrero, por poco escrupuloso que fuera, hubiera aceptado en ningún mercado de la región, desde Rufisque hasta Kaolack, incluyendo las pequeñas aldeas—.

Abandonada a mí misma después de dejar la casa paterna donde me humillaban constantemente, y después de algunas amargas aventuras, había recorrido todo el territorio buscando un trabajo honrado para no volver a conocer ni la hediondez de los calabozos ni la vergüenza.

Terminé saliendo de la cárcel; con mi embarazo más que evidente y con el arrepentimiento que mostraba ante todos conseguí comprensión por parte de mis cancerberos y una reducción de condena por el tribunal. La abogada de turno, en ese año dedicado a la mujer, había hablado en favor de la reinserción de esa “mitad de la humanidad”, humillada y vejada bajo todos los techos del mundo.

—Dejad que el fruto que lleva esta hermosa flor de nuestra tierra tenga la suerte que no tuvo su madre y pueda crecer con libertad y dignidad para un Senegal próspero —había exhortado.

Hubo una lluvia de aplausos; me concedieron la libertad algunos días más tarde. Pero, desgraciadamente, el hijo a quien debía este

milagro no tenía padre, y yo tampoco lo tenía. Me era absolutamente necesario emprender una vida nueva y limpia lejos de aquel sitio, era mi necesidad más imperiosa. Así que decidí hacerte desaparecer y llevé mi proyecto a cabo sin ayuda de nadie; no puedo decir que con el alma desgarrada porque ya no tenía alma. Ya no era yo.

Un día, un marinero, seducido por mis encantos en una noche de amor, aceptó esconderme en su camarote. El océano, territorio de mis antepasados, me fue benevolente. Arribé a costas nuevas que sólo tenían en común con las anteriores el color de la piel de sus habitantes.

La pequeña pordiosera de los alrededores de la mezquita de Treichville se convirtió, con el paso del tiempo, en una dinámica vendedora de plátanos de Koumassi, que se transformó a su vez en la activa aya de los hijos de la burguesía, y terminó siendo dueña de un restaurante; la varita mágica de un rico gourmet le dio alas a una comerciante inter-Estados, que, posteriormente, regentó una atractiva peluquería, y una afamada tienda de ropa "prêt-à-porter". Al fin nació una ciudadana, la honorable señora Fofana: se había transformado en la esposa de un hombre de bien.

Se abrió la puerta de la habitación y se sintió estrechada por unos brazos de bronce.

—Hijo, en nuestra comunión no hemos visto instalarse la oscuridad ni oído los pasos de quien nos salva sin saberlo. De verdad, Dios no le hizo confidencias a nadie, es uno de los escasos viá-

ticos que me dejó mi madre antes de irse para el más allá, cuando yo tenía seis años.

—¿Por qué estás llorando, Yakhara? ¿y por qué te quedas postrada en la oscuridad? Deja que contemple a nuestro hijo. Es un niño bueno. Mira cómo me observa con sus inmensos ojos, sin pestañear.

—No es nada, señor, sólo la típica depresión postparto. Todo ha transcurrido sin problema, un parto ideal, en un abrir y cerrar de ojos. ¿Verdad, señora? —prosiguió la enfermera entrometida.

Ya no la oíamos. Al darse cuenta de que estaba de sobra, se esfumó.

—Le llamaremos Yâdikône, ¿quieres, cariño?

—¿Por qué no? ¿Es un nombre de tu país? Yakhara, Yâdikône, suena bien. Venga, duerme ahora, gracias a ti soy el más feliz de los hombres.

¡Y yo, y yo! ¡No tengo palabras para decirlo! Dormir y no volver a despertar del sueño tan hermoso en que se ha convertido mi vida.

Mariama NDOYE, “Yâdikône ou la seconde naissance”, *De vous à moi*, Paris, Présence Africaine, 1990, 85-93.